

La construcción del Congreso Nacional Indígena  
**Tejido invisible\***

*Nos armamos luz a luz  
de los espectros que somos.  
Somos más que todos juntos,  
somos más  
que los pétalos del misterio*

(graffiti en los muros de una estación de ferrocarril)

*La guerra que no existe*

Los últimos 26 días de 1995 fueron sumamente difíciles para las comunidades zapatistas de Los Altos y La Selva.<sup>1</sup> El ejército mexicano intensificó sus patrullajes y los vuelos rasantes y orilló a las bases zapatistas a no pasar por alto el cerco al que fueron sometidas. En Oventic, cercano a San Andrés —sede del diálogo por la paz—, fue tal el hostigamiento con vehículos artillados y tanques que la población salió a enfrentarlos desarmada pero vociferante. Los gritos de las mujeres, casi un ulular que rayaba el viento frío, y las piedras que arrojaron a los tanques cuando la tensión llegó a un clímax, muestran que la provocación del ejército mexicano estuvo a punto de romper el equilibrio frágil que ha sido la característica de este diálogo. En La Realidad, municipio de Las Margaritas, estos patrullajes terrestres obligaron a los voluntarios internacionales instalados en campamentos por la paz a salir frente a los tanques y contestar armados con cámaras de video y fotografía la filmación amenazante de los soldados. Este duelo de cámaras por lo menos arroja pruebas de que el hostigamiento era y sigue siendo real pese a las negativas de la Secretaría de la Defensa Nacional —actividades logísticas, se dice. Los vuelos rasantes de helicópteros se intensificaron también peligrosamente, y uno podría agregar en la lógica de las fuerzas armadas: seguramente entusiasmo y protagonismo de los pilotos. Una versión es que el Ejército mexicano suponía erróneamente que las construcciones que levantaban en Oventic y La Realidad eran bases de cohetes o campos de entrenamiento cuando lo que se levantaba, palmo a palmo, era muestra del empeño de los zapatistas por construir más espacios culturales y de paz como lo fuera el primer Aguascalientes. (Este espacio fue reducido a escombros en la escalada militar del 9 de febrero de 1995 sin que mediara el más mínimo respeto por la cantidad de libros donados por infinidad de personas a la biblioteca que operaba en el sitio. Hoy, Aguascalientes Uno es base militar del ejército mexicano.)

Otra versión es que el gobierno se ha empeñado en arrinconar al EZLN cuando las negociaciones le representan un triunfo moral, político y de convocatoria a los zapatistas. Así ocurría en diciembre de 1995, con un diálogo en marcha y cientos de asesores e invitados que fluían a San Andrés a proponer un nuevo país, ni más ni menos.

El Foro Nacional Indígena convocado por el EZLN como parte de la Mesa 1: Derechos y Cultura Indígena entre el 3 y el 8 de enero de 1996 adquiere su dimensión real en este contexto de hostigamiento. Los incidentes de diciembre postpusieron varias veces el encuentro preparatorio entre la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) y el EZLN, lo que dejó escasos días para organizar un foro que intentó ser espacio de reunión de todos aquéllos que no tuvieron la oportunidad de estar representados en las mesas del diálogo, un espacio para que la sociedad civil indígena (o cercana a ella) discutiera entre sí los alcances y vericuetos de sus demandas.

Desde entonces a la fecha el gobierno insiste en la misma estrategia reiterada en dos años de negociación. La aprehensión de Fernando Yañez, los desalojos agrarios de Nicolás Ruiz, la sentencia dictada a Sebastián Entzin, Javier Elorriaga y otros presuntos zapatistas, el continuado hostigamiento a las comunidades de la llamada Zona Norte de Chiapas con guardias blancas —que suma ya muchos muertos, incendios y amenazas— y a Oventic con patrullajes antinarcóticos del ejército mexicano no muy convincentes, son prueba más que contundente de que que estos incidentes ocurren como estrategia continua de “contrainsurgencia” para desarticular lo que el EZLN ha obtenido en la negociación.

---

\* Este texto fue posible gracias a la colaboración, financiamiento y asesoría del Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano. Agradezco en particular a Luis Hernández Navarro y Ana de Ita. Existe una versión más corta y preliminar. Ésta que presentamos es la definitiva.

<sup>1</sup> Ver *La Jornada*, en especial las notas de Elio Henríquez, Juan Balboa, Jesús Aranda y Hermann Bellinghausen entre el 5 y el 31 de diciembre de 1995.

## *El Foro de enero*

El Foro Nacional Indígena de San Cristóbal de las Casas en enero de 1996 contó con la suficiente participación de dirigentes indígenas de todas las regiones del país y la presencia de asesores e investigadores pertenecientes a diversos ONGs, instituciones de investigación y medios de comunicación.

Si para quienes han estado cerca siempre quedó claro que el proceso indígena mexicano tiene signo nacional — tal es la semejanza de sus problemas y sus demandas—, no deja lugar a dudas la presencia de unas cuatrocientas personas registradas, de las cuales se calcula que un ochenta por ciento eran representantes de mucha más gente y el resto observadores. El verdadero México desconocido, vertido desde sus más recónditas regiones se hizo presente — lo que implicó viajes a pie por veredas y luego en transporte por caminos de terracería y larguísimos trayectos carreteros hasta llegar a San Cristóbal—, con propuestas de carácter nacional con particularidades locales y *regionales* que el gobierno federal insiste en desdeñar a más de un año de este encuentro. Los incidentes, la premura en la organización del Foro y el hecho concomitante de coincidir con el cambio de poderes en muchos municipios y el cambio de autoridades tradicionales en las comunidades indígenas, parecían no garantizar una participación ni siquiera suficiente. Pese a estos augurios y sin apoyo logístico ni viáticos, sin la promesa de juguetes de plástico o alguna consulta médica, los indígenas estuvieron presentes en San Cristóbal para ponerse de acuerdo, para buscar solución a lo impostergable: el país tiene que incluir a todos o no será.

El día seis de enero, el presidente Ernesto Zedillo declaraba ante un público indígena y campesino reunido en Papantla, Veracruz que “nadie es dueño exclusivo de la respuesta a los problemas de los indígenas y sus comunidades: la respuesta está en todos; está en el trabajo con unidad, con decisión y perseverancia”.<sup>2</sup> Precisamente. El Foro Nacional Indígena de San Cristóbal vino a demostrar que las respuestas no son exclusividad del proyecto indigenista oficial, ni de los intentos cooptadores del Estado que con políticas dizque autogestivas tipo *Solidaridad* cuando más aminoran imperceptiblemente los impactos de las políticas macroeconómicas internacionales iniciadas por De la Madrid, consolidadas por el salinato y que hoy son carta de naturaleza del régimen zedillista.

El Foro fue una respuesta alterna, no excluyente, de un amplio sector que ya no confía en las consultas promovidas por el gobierno —por bien intencionadas que sean—, porque son sólo eso, consultas, y no en cambio espacios de reflexión y decisión, que es la demanda central.

Si bien el Foro tuvo el apoyo de una representación plural de las Cámaras, la Cocopa, su magneto principal fue tener como interlocutor al EZLN y contar con la presencia de la delegación gubernamental. El Foro se vivió como un verdadero espacio de pronunciamiento nacional. Basta recordar que para los pueblos indígenas del país, para sus organizaciones y comunidades, existe un cúmulo de signos ominosos: la matanza de Aguas Blancas, la militarización (que hoy es prácticamente un cerco militar al noventa por ciento de las regiones indígenas del país) y el enfrentamiento violento entre caciques y comunidades como en la Mazateca y en la Mixe; en la Sierra Juárez y otras regiones de Oaxaca; en el Valle del Mezquital en Hidalgo; en las Huastecas veracruzana, hidalguense y potosina; en Guerrero, Puebla y el propio Chiapas. Continúan presos 6 mil indígenas en el país y la ola de asesinatos sigue creciendo. (Para el 7 de enero de 1996 tan sólo en Guerrero estaban documentados 78 asesinatos de opositores entre abril y octubre de 1995, cien muertos del PRD en dos años y 222 asesinados por motivos políticos en el lapso de seis años, según cifras del Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro.)

Más allá de los detalles implícitos en muchas de sus demandas, los participantes al Foro Nacional Indígena pusieron en el tapete de la discusión la exigencia generalizada de espacios de participación y representación, la demanda de un régimen que propicie las decisiones de autogobiernos y concejos locales, municipales y regionales, lo que en pocas palabras significaría recomponer el pacto social del país de tal modo que los pueblos indígenas y sus organizaciones tengan participación precisa en las decisiones que les competen. En casi todos los espacios en los que se discutía esta demanda, tenía ya un nombre que incomoda aún a los funcionarios e intelectuales gubernamentales: autonomía. Esta exigencia muestra una maduración progresiva hacia múltiples niveles de incidencia y no un separatismo ni una vuelta al pasado idílico. El resultado más importante del Foro es que se después de veinte años de lucha activa, y de unos siete años de resurgimiento paulatino como actores de su problemática, los pueblos indígenas se encontraron y comenzaron a tejer una enorme red de compromisos y participaciones regionales buscando una racionalidad común. La valoración que muchos hicieron entonces fue que los pueblos indios trabajaban un programa de organización cercano a sus tradiciones y horizontes históricos. Poco

---

<sup>2</sup> *La Jornada*, 7 de enero de 1996.

después de la realización del Foro de San Cristóbal Luis Hernández Navarro afirmaba: “los asistentes al Foro afinan sus ideas para cuando haya la fuerza suficiente para hacerlas realidad”.

### *Siete años*

Comparemos el Diálogo de San Andrés Sacamch'en-Foro de San Cristóbal con el Foro de Derechos de los Pueblos Indios efectuado en Matías Romero, Oaxaca en 1989 —reunión que puede considerarse uno de los semilleros del actual movimiento indígena en México. Si en Matías Romero coincidieron más de un centenar de representantes para intercambiar las experiencias de una desigualdad y una violación continua de sus derechos, desde entonces a la fecha el movimiento en torno a la problemática de los pueblos indios ha crecido en diversidad, profundidad y concreción de su diagnóstico, sus propuestas y su cohesión.

En 1989 la mayoría de los participantes denunciaba la situación imperante en todas las regiones representadas: la expropiación de parte de los terrenos de Xochimilco y la inestabilidad de toda la zona nahua del Valle de México; las reivindicaciones de los pueblos nahuas de Morelos o la represión en el estado de Guerrero para tlapanecos, amuzgos, mixtecos—en particular en la Montaña, en la Costa Chica colindante con Oaxaca y en la zona campesina de la Costa Grande—, pero también el proyecto, entonces pujante, de la hidroeléctrica de San Juan Tetelcingo que de haberse llevado a cabo habría inundado la región del Alto Balsas. También se documentó el conflicto de límites, narcotráfico y ecología que ha tenido a los habitantes de Los Chimalapas en pie de lucha pacífica ante una violencia caciquil verdaderamente preocupante; las reivindicaciones de los nahuas de la sierra de Zongolica y de los totonacos en Puebla y Veracruz; la añeja disputa por la tierra entre los otomíes (ñuhús) de la Sierra Norte de Veracruz contra un cacicazgo que ha recurrido al asesinato y al amedrentamiento continuo; la descompuesta situación de la Huasteca y el pistolero todavía imperante en la región; los conflictos electorales en el Michoacán purhépecha y en el Istmo de Tehuantepec; las luchas zapotecas, chinantecas, mazatecas y mixes por la comunidad en algunas regiones de Oaxaca; la reducción del territorio huichol atrapado en conflictos de límites entre Jalisco, Nayarit, Zacatecas y Durango; el despojo del bosque y las condiciones de aislamiento y hambre de los rarámuris de Chihuahua; la casi extinción de seris, kiliwas y pai-pai en Baja California y Sonora y los conflictos binacionales de los od'ham de Sonora por citar sólo algunos ejemplos rampantes no chiapanecos. (Cualquier coincidencia geográfica, social o política con las condiciones actuales de los pueblos indígenas del país resiste el comentario.)

En 1989 la reunión de Matías Romero fue constatación de las condiciones imperantes en por lo menos veinticinco regiones del país y una petición mutua de apoyo, correspondencia e identidades comunes. A la opinión pública del país le interesó poco porque no tenía prácticamente información y se nos vendía la felicidad a la vuelta de la esquina.

Hoy, casi siete años después y a tres años del levantamiento indígena chiapaneco, el resultado de la Mesa de Derechos y Cultura Indígena y los acuerdos del Foro Nacional Indígena son un cuerpo de propuestas cohesionadas que constituye el trazo de un camino alternativo no sólo para los pueblos indios sino para todo el país —y ya no es posible pasarlo por alto.

### *Un espacio para generar espacios*

El Foro Nacional Indígena de principios de enero de 1996 estuvo estrechamente ligado a la Mesa Uno del Diálogo de Pacificación celebrado en San Andrés Sacamch'en y San Cristóbal de las Casas entre octubre de 1995 y febrero de 1996. Ambos espacios se reforzaron mutuamente —en los resultados concretos de la negociación en la mesa y en el tejido paulatino que ambos espacios consolidaron. Los planteamientos del Foro rebasan los acuerdos logrados un mes después en la Mesa Uno de San Andrés, pero sin la negociación en curso entre el gobierno federal y los zapatistas no se habría dado un espacio como el Foro Nacional Indígena. Sin duda la contundente presencia de los delegados al Foro de principios de 1996 fue una clarísima señal: hay una exigencia amplia y compartida entre múltiples sectores de la sociedad indígena nacional que espera convertirse en cambios positivos en sus condiciones y en su relación con el resto de la sociedad.

Entre octubre de 1995 y febrero de 1996 los Diálogos de San Andrés (y el Foro de San Cristóbal) contaron con la presencia de personas que han reflexionado la problemática de los pueblos indios desde las regiones y desde una práctica concreta. Muy pocos de los asesores e invitados del EZLN son investigadores de gabinete. Es verdad que hubo ausencias, pero la diversidad desplegada fue lo suficientemente amplia como para calificarla de muy representativa. Baste recordar que por parte del EZLN arribaron participantes de 22 estados del país por lo menos, y que había dirigentes de organizaciones, antropólogos, sociólogos, historiadores, juristas, educadores, comunicadores, lingüistas, trabajadores sociales, activistas de los derechos humanos, escritores, artistas, agrónomos.

Muchos de ellos anclados a sus tradiciones particulares y con representación de sus organizaciones, agrupación o comunidad. Por si fuera poco, la mayor parte de los participantes fue indígena—aunque su lucidez y cúmulo de propuestas hicieran dudar a los racistas recalcitrantes que esperan constatar la imagen que se tiene del indio como ser ignorante, apático y desarticulado.

Esta muestra de todo el país resaltó sus particularidades regionales, pero sobretodo hizo propuestas de carácter nacional aplicables a una gran variedad de situaciones. Su diagnóstico es una radiografía nacional de gran validez por reflejar una amplitud cultural, política, social y económica. Por estar colocados en el estrato más bajo de la escala social, o por tener como foco este estrato, los participantes han podido vivir y contemplar la dinámica del país en su conjunto y la enorme pirámide de condiciones que ha cercado y excluido a los pueblos indios de prácticamente todas las decisiones que les competen.

La trascendencia del Diálogo de San Andrés-Foro de San Cristóbal estriba centralmente en que los participantes se percataron de que lo dicho ahí tenía una urgencia—además del valor de análisis y reflexión— porque estaba en juego un proceso de paz no sólo para Chiapas sino para México. Después de San Andrés-San Cristóbal no es posible decir que las demandas zapatistas tienen un ámbito local o circunscrito a lo indígena.

### *Los Acuerdos de San Andrés*

El resultado tangible de todo este proceso de consensos fue la firma de los Acuerdos de San Andrés en febrero de 1996. Hoy, a más de un año de distancia, esos documentos (desdeñados entonces por un sector de la intelectualidad cercana a lo indígena) son una herramienta de gran repercusión política para enfrentar al gobierno, un programa de lucha y como producto una propuesta de reformas constitucionales en materia indígena muy consensada.

Ya desde entonces, a pocos meses de esa firma que hoy es histórica y trascendente para todo lo que pase en México, se pensaba que la Comisión de Concordia y Pacificación tenía una gran responsabilidad en el manejo y promoción de este diagnóstico puesto en el tapete de negociaciones por la sociedad civil indígena o cercana a lo indígena, y una nueva oportunidad de afirmar su independencia y su fuerza moral acompañando el proceso hasta su concreción en disposiciones legales. La Conai y la Cocopa, se decía, “deberán hacer eco de un ámbito nacional que había estado invisible y que refuerza lo dicho por muchos analistas, investigadores y dirigentes de otros niveles y sectores con respecto a la difícil situación que enfrenta el país, al fracaso de la política neoliberal, a la cerrazón de los partidos y organismos cupulares”.

Estos acuerdos mínimos representan el inicio de un largo camino y no la etapa final de algo que sigue reconfigurándose. Ya desde entonces se pensaba que el gobierno federal —haciendo eco de algunos gobiernos estatales y de los detentadores del poder de facto en las regiones, en las esferas financieras y algunos sectores del ejército y la ultraderecha—, intentaría por todos los medios minimizar los contenidos y la trascendencia del Diálogo de San Andrés-Foro de San Cristóbal y al mismo tiempo ensalzaría la negociación como un ejemplo de disposición pacificadora del gobierno federal —cosa que hicieron los funcionarios Bernal y Del Valle a la menor oportunidad. Se pensaba también, y hoy ha resultado cierto, que el gobierno intentaría minimizar los acuerdos tomando sus resultados como pertenecientes a Chiapas en espera de diluirlos en la Consulta Nacional sobre Derechos y Participación Indígena convocada por las cámaras legislativas (realizada entre enero y abril en varias regiones del país). Eugenio Bermejillo no dejaba de anotar: “el Estado no parece dispuesto a dejar en manos de una delegación convocada por un ejército rebelde lo que acuerda con sus tradicionales contrapartes, sus clientes”. También entonces —premonitoriamente— se señalaba el peligro de que el gobierno minimizara los resultados restándole fuerza a los argumentos y frustrándole su potencial de cambio. Hoy, en marzo de 1997, cuando dichos Acuerdos siguen sin cumplirse y después de múltiples debates, los analistas independientes no dejan de insistir en que “el gobierno está dispuesto a reconocerle derechos a los indígenas siempre y cuando no los puedan ejercer”.<sup>3</sup>

### *Asamblea y red, puentes y arcoiris, hongos y constelaciones*

Es muy atinado el planteamiento zapatista de ser un movimiento compuesto mayoritariamente por indígenas que hacen propuestas para todos, no solamente para aquellos que se reivindican así mismos como tales, y la precisión de no ser un movimiento indígena con reivindicaciones etnicistas. No ser etnicistas no ha impedido que el

---

<sup>3</sup> Carta de los asesores e invitados por el EZLN a la Mesa Uno: Derechos y Cultura Indígena del Diálogo de San Andrés, a la Comisión de Concordia y Pacificación, México DF, 12 de febrero de 1997.

planteamiento zapatista recupere ideas y prácticas presentes en muchas comunidades indígenas. Son éstas una fuente importante de su propuesta para el país. Una serie de actitudes y previsiones —más que normas— que le dan una flexibilidad inusual, una fuerza de convocatoria y quizá le restan espectacularidad a su trabajo concreto. Estas prácticas buscan hacer visible una serie de particularidades indígenas de organización, conformación política, impartición de justicia y otras muchas de relación humana, que juntas son lo mejor de los pueblos indios. Su flexibilidad puede coincidir con propuestas de componentes ciudadanos, rurales y urbanos y conformar un nuevo estilo, nuevas formas de atención al tejer procesos: su racionalidad profunda es esparcir el poder para que no haga daño —una idea implícita en los tramados de vestidos, petates, cestería, y también en el diseño y la dinámica de las constelaciones. El primer esbozo de esta idea que habría de cobrar fuerza en los meses que siguieron, y que hoy es un elemento central en la visión zapatista de la política, fue articulado durante el Foro Nacional Indígena de enero por uno de los intermediarios entre tradición y modernidad, un puente como dice el relato:

Y ya que se se acabaron de bailarse, se reunieron otra vez y encontraron que 7 veces era que 7 arcoiris de 7 colores tenían que hacerse caminando para que pudieran cumplirse los 7 trabajos principales. Y entonces ya se supieron también que terminados los 7 se seguían otros 7 porque los puentes de nubes, colores y luz no van ni vienen, no tienen principio y final, no empiezan ni acaban, sino que se la pasan siempre cruzando de un lado al otro. Y así quedó el acuerdo que sacaron los dioses primeros y los hombres y las mujeres verdaderos. Por eso, desde esa tarde de alegría y saber, los hombres y mujeres de maíz, los verdaderos, se pasan la vida haciendo puentes, y en la muerte también se hacen puentes. Puentes siempre de colores de nubes y de luz, puentes siempre para ir de uno a otro lado, para hacer los trabajos que nacen el mundo nuevo, el que buenos nos hace. Siete veces se caminan el 7 los hombres y mujeres de maíz, los verdaderos. Haciendo puentes se viven, haciéndose puentes se mueren..»<sup>4</sup>

Tender puentes y hacerse ellas y ellos mismos puentes, cubrir el espectro de la diversidad. El relato pide vasos comunicantes de saberes y tareas, de búsquedas y afinidades que reviven como el mítico tlacuache de la saga mesoamericana que como Prometeo rearma sus fragmentos para otorgar fuego a los hombres: ser soplo portador. Aquí se plasma la actitud de servicio que valoran las comunidades. Regalo de la tradición, es innovadora propuesta para romper la verticalidad y la búsqueda de poder. Su ser de tramado, de movimiento, su ser de transmisión, se cuelean paso a paso en el quehacer político zapatista.

Persiguiendo este sueño, la comandancia del EZLN resistió el empuje de quienes pugnaban por que el FNI se tornara una organización formal con cargos muy delimitados y en un comunicado del 29 de febrero esbozó la composición y tareas de la Comisión Promotora del Foro Nacional Indígena, declarado permanente desde su primera sesión. Éste es un texto clave para comprender el devenir de este espacio de encuentro y reflexión. Aquí el CCRI se pronunció por considerar miembros de la Comisión Promotora a un representante de cada una de las organizaciones u asociaciones que hubieran estado presentes en el Foro de enero, revirando el juego a cada organización, lo que le estableció su carácter de asamblea y red, su carácter dúctil y en apariencia inexistente. Se plantearon entonces —para continuar con la imagen— los siete considerandos para las siete propuestas de conformación de la Comisión Promotora del FNIP y sus siete tareas.<sup>5</sup>

El Foro se planteó entonces como un espacio de encuentro y su tarea permanente fue la búsqueda mutua. Su fin se expresaba en el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas y el establecimiento de relaciones nuevas entre los pueblos “originarios” y el resto del país. Su visión de los cargos resaltó el servicio a la colectividad y “mandar obedeciendo”. Su ejercicio no terminaría ni con la consecución de la autonomía ni con el fin del indigenismo. El Foro buscó elevar propuestas que ayuden a todos. La diversidad habría de ser su corazón e incluir a todos su estrategia central.

Pretendiendo servir se rechazó la acumulación de poder, incluso a costa de su visibilidad en momentos determinados. No existió nunca la pretensión de que el Foro supliera a todos los que decidieran reunirse en ese espacio; como tal los representantes de las organizaciones tampoco ganarían poder dentro de un espacio así, por ser meros puentes de comunicación, de ida y vuelta, de preferencia articulando desde la base la construcción de una fuerza real. El FNIP se negó a ser un espacio vacío con visibilidad inflada. Su afán incluyente lo llevó a no intentar que nadie se fundiera con el Foro y borrara su particularidad. Sus planteamientos, al antiguo modo indígena,

---

<sup>4</sup> *Relato de los hombres que viven haciendo puentes de siete colores.* Palabras del subcomandante Marcos durante el Foro Nacional Indígena, 7 de enero de 1996.

<sup>5</sup> Esto cambió después en la primera reunión de la Comisión Promotora del FNIP, pues propuso extender la representación de uno a dos representantes, para que la participación de la mujer tuviera igual oportunidad.

intentaron el consenso y la discusión y no la imposición de principios por atractivos que resulten. En palabras del comandante David durante la Primera Reunión de la Comisión Promotora del FNIP, efectuada en Oventic, Chiapas, en abril de 1996

De acuerdo a los planteamientos del comunicado con el que se invitó a esta reunión (que se resumen en mandar obedeciendo) se ha evitado crear una estructura jerárquica y burocrática. Estamos practicando una nueva cultura organizativa y política que surge de las propuestas que los pueblos indígenas han venido ejerciendo en sus comunidades por siglos. Sentimos que esta cultura es un aporte de los pueblos indígenas al conjunto de la sociedad. Una parte muy importante del Foro es una red por medio de la cual se puede circular información útil a la lucha indígena. Queremos que por medio de esta red corran señales de alarma cuando exista una violación a los derechos humanos de los indios de cualquier parte del país que provoque una respuesta inmediata de solidaridad y que se intercambien también ideas útiles: nuevas demandas, y nuevas soluciones a los problemas.

En la invitación a su segunda sesión, efectuada en Oventic en julio de 1996, ya era claro su esfuerzo por considerar aspectos que para los modos normales de operar en el sistema político del país pueden resultar aberrantes o ingenuos:

[...] **El Foro Nacional Indígena** de enero de 1996 logró acordar un programa de trabajo, unas demandas, tejidas desde todos los rincones de México. Los acuerdos logrados en la Mesa Uno del Diálogo de San Andrés en febrero de este año se deben en parte a la fuerza de la convocatoria, de la experiencia común, que el movimiento indígena mostró en San Cristóbal. Su programa de demandas es mayor y más amplio que los acuerdos logrados en San Andrés. El Foro Nacional Indígena entiende que estos acuerdos son apenas una puerta que abre caminos nuevos, protecciones nuevas.

En abril de este año, se reunió en Oventic la comisión promotora del Foro Nacional Indígena. En esa reunión se reconoció la necesidad de estar relacionados, la necesidad de tejer desde nuestras regiones un proceso de más largo plazo que no termina con una negociación con el gobierno, con el fin del indigenismo, ni cuando hayamos logrado la autonomía.

De acuerdo a los resolutivos emanados de la reunión de la comisión promotora del Foro en Oventic, Chiapas en abril de este año, dos representantes de cada organización que se sume a los esfuerzos comunes son miembros de su comisión promotora. Estos representantes han sido elegidos por sus organizaciones, y pueden seguirse eligiendo más miembros: **para el Foro, estos cargos significan un servicio y no un nuevo espacio de poder.**

- \* **El Foro Nacional Indígena no es una organización formal. No tiene una dirigencia ni una estructura.**
- \* **Somos asamblea cuando estamos juntos y una red cuando estamos separados.** El Foro Nacional Indígena es un espacio de encuentro y reflexión de nuestros problemas y aspiraciones.
- \* Reiteramos nuestro respeto al paso de cada quien, reconocemos las difíciles condiciones de cada región, la dificultad de reunirnos a cada rato. Por eso queremos tender puentes entre todas las organizaciones que somos el Foro. **Al Foro no se pertenece. El Foro somos todas las organizaciones indígenas aunque algunas no participen en el Foro, porque nuestras demandas quieren sumar todas las demandas indígenas.**
- \* El Foro Nacional Indígena Permanente reitera la necesidad de construir desde lo más aislado y local de las rancherías **la fuerza que puede defender los acuerdos de San Andrés, y los resolutivos y programa del Foro Nacional Indígena.**

Todos estos rasgos, emanados de la tradición, hicieron pensar a muchos que la fuerza del Foro era nula. Lo real es que entre enero y octubre de 1996 se multiplicaron los espacios regionales donde los pueblos y organizaciones discuten y difunden su palabra y sus prácticas; se reforzó el vínculo entre las organizaciones. En el reconocimiento mutuo de problemas semejantes y soluciones más y más consensadas se armó, sin que se notara demasiado, un tejido de relaciones y fuerza común. Por todo el país surgieron foros regionales independientes y se multiplicaron los intentos autogestivos y de autogobierno. En escasos nueve meses, esta constelación se convirtió en Congreso Nacional Indígena y su pertinencia, cohesión y fuerza le permitieron arrinconar al gobierno al punto de tenerlo emplazado a reformar la Constitución y el Estado mexicano a profundidad —proceso que mantiene muy nerviosos y desarticulados a los funcionarios del gobierno, a sus intelectuales y a su capa clientelar.

Si bien en abril el FNIP realizó una reunión de su Comisión Promotora y en julio una segunda sesión del Foro, en Oventic, Chiapas —ambas de carácter nacional— su inquietud por la vinculación como propuesta central y su idea de trabajar desde la base, llevó a sus integrantes a privilegiar las acciones regionales y la construcción a largo plazo

de un espacio que parece obedecer a la naturaleza de los hongos: parece que no están y de pronto brotan en los sitios más inesperados y cuando la humedad los propicia. En Oaxaca opera un Foro que va para cinco sesiones —el primero de los cuales reunió a unos 300 delegados de casi todos los pueblos indígenas del estado, incluidos algunos migrantes residentes en Estados Unidos. En Jalisco proliferan talleres regionales de toda índole. En Veracruz, San Luis Potosí, Puebla, Tabasco, Campeche, Quintana Roo y Michoacán continúan realizándose foros, talleres y encuentros. Se conformó el Foro Centro-Pacífico y el Foro Centro-Golfo; se creó el Foro Indígena de la Región de Anahuac que demostró a la opinión pública la gran presencia indígena en el área metropolitana de la ciudad de México.

Esta forma imaginativa de hacer política no está exenta de riesgos. Se necesita fuerza y seguridad para incluir posiciones muy dispares en su seno, todo con tal que el debate y la discusión sean asequibles. El FNIP —y luego el Congreso Nacional Indígena— se planteó como un espacio donde los oponentes con intenciones de cooptar o tomar por asalto los puestos directivos o de representación no pueden argüir exclusión, pues por la dinámica misma de lo directo tienen que someterse a discutir y compartir los mandatos sin mucho margen para empujar arreglos por fuera o tomas del poder sorpresivas. Hay aquí una enseñanza moral (los medios justifican el fin y no al revés). Incluir la diversidad de opositores desarma y obliga a compartir las decisiones centrales y enfrentar el peso de las comunidades, encarar los problemas reales en común con los demás representantes.

La propuesta zapatista de ser generosos e incluyentes —de ubicar el poder como útil si tiene el diseño repartido y articulado de un tejido— tiene un potencial enorme porque remite al proceso de conformación y continuidad de la organización: el orden no se impone, se encuentra, se descubre, se teje: entre todos sabemos todo —dijo un marakame huichol.

Considérense entonces las siete (¿también siete?) sugerencias que hace Michael Foucault en su *Introducción a la vida no fascista*:

1. Liberar la acción política de toda forma de paranoia unitaria y totalizante.
2. Hacer crecer la acción, el pensamiento y los deseos por proliferación, yuxtaposición y disyunción, antes que por subdivisión y rejerarquización piramidal.
3. Liberarnos de las viejas categorías de lo Negativo (la ley, el límite, la castración, la carencia) que el pensamiento occidental ha tenido por sagradas durante tanto tiempo, en tanto que forma de poder y modo de acceso a la realidad. Preferir lo que es positivo y múltiple, las diferencias a la uniformidad, los flujos a las unidades, los dispositivos móviles a los sistemas. Considerar que lo que es productivo no es sedentario sino nómada.
4. No imaginar que sea preciso ser triste para ser militante, incluso si la cosa que se combate es abominable. Es el vínculo del deseo con la realidad (y no su huida en las formas de la representación) lo que posee una fuerza revolucionaria.
5. No utilizar el pensamiento para dar un valor de verdad a una práctica política; ni la acción política para desacreditar un pensamiento, como si no fuera más que pura especulación. Utilizar la práctica política como un intensificador del pensamiento, y el análisis como un multiplicador de formas y dominios de intervención de la acción política.
6. No exigir de la política que restablezca los “derechos” del individuo tal como los ha definido la filosofía. El individuo es el producto del poder. Lo que es preciso es “desindividualizar” mediante la multiplicación y el desplazamiento, la disposición de combinaciones diferentes. El grupo no debe ser el vínculo orgánico que une a individuos jerarquizados, sino un constante jerarquizador de “desindividualización”.
7. No se enamoren del poder.<sup>6</sup>

*Para todos todo*

Julio de 1996, San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Se celebraba otro encuentro multitudinario, el Foro para la Reforma del Estado, convocado también por los zapatistas. Más de mil delegados de toda índole respondían de nuevo a la invitación: dirigentes de partidos políticos, organizaciones sociales, sindicalistas, organismos no gubernamentales. ¿Y los indígenas?, se preguntaban muchos. Los delegados indígenas, dispersos en todas las mesas, realizaron una reunión extraoficial y se pronunciaron por la instalación de la Comisión de Seguimiento y Verificación, contra la militarización, el hostigamiento a los dirigentes sociales, contra la represión. Enfáticamente hicieron un llamado a todas las fuerzas democráticas del país a impulsar el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés firmados en febrero y por convertirlos en una propuesta de reformas constitucionales en torno a los derechos

---

<sup>6</sup>Introducción a la edición estadounidense de *El antiedipo*, de Gilles Deleuze y Félix Guattari.

fundamentales de los pueblos indígenas. Reivindicaron también una democracia sustantiva que no se agotara en lo electoral, aunque incluyera este aspecto, y que impulsara espacios de decisión en todos los niveles, democracia directa a nivel comunitario y la participación en el diseño de políticas públicas. Un nuevo pacto social que no fuera inamovible, que reconociera la revocación y la reconstrucción continua de consensos.

La delegación zapatista retomó muchos de estos planteamientos en el documento que presentó como parte de la fase dos de la Mesa de Democracia y Justicia. De nuevo un foro propiciado por los zapatistas consensaba desde múltiples rincones innovadoras posturas en la negociación con el gobierno federal.

La autonomía dejaba de ser un asunto de indígenas y se reconocían los elementos que podrían impulsar experimentaciones autogestivas a nivel rural, barrial, municipal o en espacios de trabajo, asalariados o no. Una verdadera reforma profunda de ese Estado tan elefante, clientelar y electorero habría de incluir la reivindicación de la autonomía para todos.

Los planteamientos indígenas de los integrantes del FNIP comenzaban a articular un camino común con las propuestas zapatistas gestando un encuentro de mayor profundidad y repercusiones que todavía hoy no podemos dilucidar en toda su dimensión. El discurso de clausura, a cargo del FNIP sería el inicio de la evolución del FNIP en Congreso Nacional Indígena, es decir, de la pretensión de reunir a más organizaciones, a más corrientes del pensamiento indígena, para impulsar, ahora sí, sus demandas y su plan de acción:

A partir de los primeros acuerdos de San Andrés y la celebración del Foro Nacional Indígena se comienza a construir un proyecto de país en cuyo seno se dibuja un México consciente de su pluralidad política, económica, jurídica, cultural y social. Un proyecto de país fundado en el respeto a la autonomía y libre determinación de los Pueblos que lo conforman.

Por su naturaleza y composición vimos claro que el Foro Nacional Indígena (FNI) debería ser un espacio plural, porque diferentes son nuestros pueblos. Que podría ser un espacio incluyente, ya que deberían tener cabida en ella las palabras y las propuestas de la más distinta índole. Su pensamiento, sus maneras y sus aspiraciones serían esencialmente indígenas, y sus mecanismos de funcionamiento reflejarían la organización democrática de nuestras comunidades, privilegiando el respeto, las relaciones cercanas y el consenso.

[...] seguiremos exigiendo el reconocimiento a la libre determinación de nuestros pueblos. En ellos seguiremos recalando nuestra aspiración indeclinable de disponer libremente de nuestros propios espacios políticos y jurisdiccionales para practicar un modo de vida y de gobierno. También seguiremos impulsando desde ahí la libre voluntad de seguir defendiendo nuestras tierras y territorios.

Sabemos que la demanda de autonomía que impulsan los pueblos y organizaciones indígenas tiene un gran contenido democrático que otros sectores de la sociedad pueden retomar pues propicia mayores espacios de decisión y participación a todos los niveles. Los pueblos indígenas no pedimos autonomía sólo para nosotros. Pedimos autonomía para todos y a todos los niveles.

Finalmente decimos que el levantamiento del EZLN —ejército mayoritariamente indígena— y la reacción de la sociedad civil, han dejado claro que el país no podrá avanzar sin tomar en cuenta a los pueblos indígenas. Las alternativas para el futuro no están completamente clarificadas, pero el “ya basta” deja un mensaje evidente: México nunca más sin nosotros.<sup>7</sup>

Creció entonces entre los integrantes del FNIP la responsabilidad de no aislar al movimiento indígena nacional de todo el proceso de democratización en otros sectores urbanos y rurales. Se hizo entonces mucho más pertinente la erradicación del racismo y la ideologización sectaria y excluyente, y la frase final del Foro por la Reforma del Estado habría de convertirse en imagen disparada a múltiples sugerencias de democracia, inclusión e impulso transformador, bandera de lucha del hoy debatido y omnipresente Congreso Nacional Indígena: **nunca más un México sin nosotros.**

### *La suspensión del diálogo de paz*

El 29 de agosto de 1996 el EZLN se retiró de la mesa del Diálogo de San Andrés. Su comunicado, hecho público el 3 de septiembre a todos los medios de comunicación, dejaba claro que no rompía con la negociación pero sí demandaba condiciones mínimas para proseguirla. Sus demandas eran la liberación de todos los presuntos zapatistas

---

<sup>7</sup> *El movimiento indígena nacional*, palabras de clausura en el Foro por la Reforma del Estado a cargo de los representantes del Foro Nacional Indígena, julio, 1996



presos y de las bases zapatistas detenidos en el norte de Chiapas. Un interlocutor gubernamental con capacidad de decisión, voluntad política de negociación y respeto a la delegación del EZLN. Instalación de la Comisión de Seguimiento y Verificación y cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés para la Mesa Uno: Derechos y Cultura Indígena. Propuestas serias y concretas de acuerdos para la Mesa Dos: Democracia y Justicia, y compromiso de lograr acuerdos. Fin al clima de persecución y hostigamiento militar y policiaco en contra de los indígenas chiapanecos y desaparecidos por las guardias blancas (o una ley que las reconozca institucionalmente y las uniforme para que no operen impunemente).

Esta suspensión tendría repercusiones sobre los acontecimientos que conformaron lo que hoy es el Congreso Nacional Indígena como crecimiento natural del Foro Nacional Indígena Permanente. Creó la necesidad de apurar salidas mediante un Diálogo por la Paz impulsado por la sociedad civil y alternativas de negociación por la vía de la Comisión de Concordia y Pacificación. Demostraría también que el gobierno federal no puede más, y que es incapaz de gobernar enfrascado, como está, en una lucha intestina por posiciones que han balcanizado el sistema político nacional y el aparato gubernamental, y han convertido sus acciones y declaraciones en argumento de fotonovela. Entre el 3 de septiembre de 1996 y el 11 de enero de 1997, todas estas contradicciones conformarían un nuevo escenario de mediano plazo que apenas hoy, fines de febrero, comienza a asomar sus nuevos signos.

### *Los entreveros*

A principios de septiembre de 1996 el Foro Nacional Indígena Permanente no tenía resuelta ni su permanencia ni su carácter nacional. Sus alcances se reconfiguraban y adecuaban a condiciones de credibilidad y pertinencia nada claras para muchos actores, pese al papel destacado que los delegados indígenas tuvieron en el Foro por la Reforma del Estado celebrado en julio en San Cristóbal de Las Casas. Parte del diagnóstico que hacían sus integrantes era que había que equilibrar su fuerza visible nacional “más o menos unificada” con el movimiento realmente existente de las organizaciones regionales con sus problemas. Era necesaria —decían— una presencia nacional como “movimiento indio” que impulsara y protegiera las articulaciones minuciosas. Se veía como indispensable construir un equilibrio entre la lógica local y regional de las demandas y problemas de los pueblos indios a partir de una estrategia de largo plazo como la planteada por el FNIP, pero sin perder visibilidad nacional cuando ésta se tornara urgente.

En la práctica, el movimiento indígena atravesaba un proceso de digestión y se pensaba que podría reconfigurarse después de pasar por una crisis de identidad.

La antigua dirigencia indígena, con trabajo de muchos años pero también, algunos, llenos de los vicios comunes de los usos y costumbres del poder, resentían la conformación de una nueva representación que ni pedía nada para sí y que orillaba a decisiones más colectivas y más ancladas al mandato de las comunidades. Por su conformación y lógica, los delegados del FNIP operaban en lo regional. El espacio nacional de la nueva lucha los tenía asombrados pero carecían de la maña política que exige —sin razones de servicio— el andamiaje del “profesional político”. Los delegados del FNIP valoraban que lo peor que les podía pasar era convertirse en ese “indio profesional” que el poder recreaba y utilizaba. Lo cierto es que por los modos nuevos de ejercer la política sin buscar el poder, el escenario era otro. Ya no era cuestión de discursos ni de banderas atractivas que a veces creaban ilusoriamente una representación inexistente en la práctica. Ni siquiera dependerían de las ligas con los partidos políticos que ahora muchos veían como una carga y no como un apoyo o un piso de relaciones. Es decir, para el FNIP no era cuestión de apariencia sino de construcción real, por eso su énfasis reiterado en tejer una red de relaciones y comunicación.

Los críticos del FNIP (por ejemplo algunos dirigentes de la Asamblea Plural por la Autonomía-ANIPA) decían en cambio que para recomponer el movimiento indígena tenían que resolverse las diferencias que los propios Acuerdos de San Andrés pusieran a debate. Pensaban que los Acuerdos de San Andrés habían sido muy tibios. Que no correspondían a lo que los indios demandaban. En su valoración asumieron esta postura crítica de los Acuerdos porque en el fondo le habían apostado demasiado a ver concretadas en papel *sus* precisiones y convertidas en ley *sus* demandas. Su postura parecía entender la ley como un fin, las reformas constitucionales como una puerta milagrosa a un nuevo escenario en donde la autonomía resolvería todos los problemas, pese a que Héctor Díaz Polanco, uno de sus teóricos, les había insistido hasta el cansancio que la autonomía no era una panacea sino una herramienta.

Quizá el devenir de los acontecimientos resuelve esta falsa discusión. Hoy, como ya se ha dicho, los Acuerdos de San Andrés, en los términos que fueron firmados, son una excelente herramienta para oponer el poder del gobierno federal. La propuesta de reformas constitucionales (el documento de Cocopa del 29 de noviembre de 1996) que emanó de estos acuerdos es una bandera de lucha y no un fin en sí misma; parte de la construcción de un sujeto social antes desarticulado, arrinconado, disperso.

Existe otro elemento de crítica que no puede soslayarse. Pese a la insistencia de que al Foro no se pertenece porque es un espacio para todos, independiente e incluyente, algunos dirigentes insistieron siempre en que era claro que los zapatistas estaban detrás y querían montarse en el trabajo de las demás organizaciones. Esta es una crítica sesgada. Si algo tiene la palabra zapatista es que ha sido coherente con su práctica. Se pasa por alto que el Comité Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, es en sí una amplísima representación de un sin número de comunidades choles, tojolabales tzeltales, tzotziles, zoques y mestizas que tienen derecho a considerarse parte de cualquier movimiento indio realmente existente y no un grupo guerrillero foquista que quiera sustituir al resto de la sociedad. Además, en el contexto de la negociación entre los zapatistas y el gobierno, el CCRI abrió un espacio de participación y le dio peso —con costo de vidas— a la palabra del resto de eso que hoy llamamos movimiento indígena nacional. No negoció por ellos, los incluyó y respetó su palabra a la hora de las decisiones.

Por último, en el proceso del FNIP, la sola idea de haber logrado juntar a tantas organizaciones sin crear un aparato de poder, muestra que si hubo una participación zapatista en el Foro Nacional Indígena, el papel que jugó fue el de espejo. La coherencia moral de la comandancia zapatista era un referente para no mentir, para no buscar el poder, para tomar en cuenta a todos, para reconsiderar las equivocaciones, para reencauzar el rumbo, para no sustituir ni imponerse.

Es cierto que este nuevo tejido invisible que se había construido en tan poco tiempo tenía —y tiene— muchos huecos. Pero su racionalidad se apuntalaba en reivindicaciones concretas y en haber recuperado parte del conocimiento tradicional de las comunidades. Éstas preferían sus modos y sus tiempos, el respeto a sus preocupaciones más locales. Para este nuevo movimiento indio lo nacional —y las reformas constitucionales— se tornaría necesario en tanto paraguas, en tanto fuerza común, no como una reivindicación en sí mismo. No es gratuito que esta nueva articulación de intereses y sentido en común empalmara con las preocupaciones e intereses de los zapatistas. En pocas palabras, el FNIP había creado su propia cultura y ahora la reivindicaba con fuerza en los huecos que el sistema descuidaba en su menosprecio y ceguera.

Otro problema grave era la expansiva militarización de las zonas indígenas del país. (Una muestra negativa del éxito del FNIP.) Si en diciembre de 1995 era Chiapas la zona militarizada, para septiembre de 1996 la mayoría de las zonas indígenas del país estaban literalmente sitiadas. Desde enero le había quedado claro al gobierno que su papel clientelar con las organizaciones y comunidades indígenas estaba sepultado y que su propia consulta arrojaba resultados incluso más radicales que los del Foro de San Cristóbal. En múltiples regiones las organizaciones habían tomado la consulta en sus manos y en casi ningún caso se habían dejado manipular por los funcionarios que la instrumentaron. Después el gobierno habría de sesgar la interpretación de ésta, pero sin decirlo supo que las manifestaciones de ese malestar popular crecían, los indígenas se reunían cuanta vez podían, los cabildos se hacían populares y establecían autogobiernos municipales. Por si fuera poco muchas organizaciones radicalizaron su discurso y sobre todo su acción.

Dos días después de inaugurado el Foro por la Reforma del Estado convocado por el EZLN con auspicio de la Cocopa, hizo su primera aparición el Ejército Popular Revolucionario (EPR) en el mismo sitio donde el gobierno guerrerense de Rubén Figueroa masacrara un año antes a los militantes de una organización radical ante cámaras de video. Aguas Blancas tenía que cambiar de signo. Días más tarde el EPR aparecería en la Sierra Madre Oriental, en el estado de México, en Oaxaca e incluso en zonas conurbadas aledañas al Distrito Federal. La guerra de contrainsurgencia desatada contra esta coalición de agrupaciones guerrilleras enrareció aún más el clima para una multitud de organizaciones pacíficas ya de por sí copadas por la escasez de alimentos y recursos económicos. El hostigamiento del ejército, la policía, los caciques y sus pistoleros se hizo intolerable. Se recrudeció entonces la represión y las violaciones a garantías individuales y derechos humanos. Las desapariciones de militantes y la proliferación de listas que denunciaban dirigentes que habían estado luchando por la vía pacífica llenaron los titulares.

La contrainsurgencia y la militarización surten efectos contrarios a los que dicen combatir sobre todo porque reducen el espacio vital —ya de por sí muy precario— para el desarrollo de lo político en su sentido más lato. El gobierno le apostaba —y le sigue apostando— a una guerra soterrada que desarticulara los espacios de gestión creados en estos últimos siete años. La lógica del gobierno y el ejército parecía decirle a las comunidades: o estás con la guerrilla o te golpeo. Y si estás, pues te golpeo con el peso de la ley. En una guerra así, las comunidades se vieron arrinconadas a decidir entre acciones guerrilleras no demasiado precisas en sus objetivos (por lo menos para la opinión pública) o la convocatoria amplia de un conjunto de organizaciones civiles que buscaron desarmar el aparato de la guerra. El FNIP le apostó a construir la paz. A orillar al gobierno a negociar, no para pactar componendas, sino para exigirle el cumplimiento de acuerdos sustantivos.

La paradoja que el gobierno y sus asesores militares expertos en contrainsurgencia no entienden es que ante las posibilidades de una guerra prolongada —que tendría efectos devastadores para toda una generación—, la diferencia

de fondo que separaba a las organizaciones pacíficas en “dirigidas hacia lo nacional” o “tendientes a profundizar lo regional” pasó a segundo plano.

En esta nueva escalada de inquietud, que recrudeció el país en unos cuantos meses, y con un número no menor de quinientas organizaciones indígenas y campesinas que habían hecho eco de la autoridad moral del EZLN, los delegados del FNIP tuvieron que enfatizar la diversidad en sus planteamientos para que la unidad del movimiento indígena prevaleciera por encima de las contradicciones. Más que antes el FNIP tuvo que funcionar efectivamente como compuerta de muchas aguas. Por otra parte, mientras el FNIP siguiera impulsando reuniones periódicas con presencia de delegados que no podían asistir por el cerco militar en las regiones, se corría el riesgo de desarticular lo ya logrado. Había que buscar nuevas alternativas, redoblar los canales de comunicación, impulsar una reunión en una plaza más comunicada a la que pudieran llegar, sin tantas penurias, los delegados. Ya en el Segundo Foro Nacional Indígena, la Comisión de Apoyo al FNIP declaraba en la clausura:

La vitalidad y energía del movimiento indígena ha tenido respuestas represivas que aquí se han denunciado. Se mantiene un cerco no sólo militar, sino informativo e ideológico que impide a muchos compañeros conocer de este espacio de reconocimiento mutuo que es suyo, o que conociéndolo, no pueden aún participar en él, sea por la imposibilidad de venir, o por las represalias que esto significa.

Como señaló el Comandante David en sus palabras de bienvenida: “Sabemos que pronto nos encontraremos con todos los ausentes”. Seguiremos rompiendo cerco tras cerco, para cruzar el puente que habremos de construir todas y todos, cuando hayamos aprendido a aceptarnos plenamente con el corazón por palabra.

Las organizaciones que sesionaban en el FNIP valoraron entonces que la idea de tejer en lo profundo y perfilarse como un espacio a largo plazo —agrupando desde sus comunidades y regiones a muchas organizaciones, ser una arena interna, un gran laboratorio para dirimir cuestiones—, no era suficiente. El FNIP debía establecer defensorías y elevar exigencias y demandas comunes, muy aparte de los espacios en que se movieran las organizaciones en sus respectivas regiones. Tres demandas se hicieron clave: alto a la militarización y a la guerra sucia, cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés e instalación de la Comisión de Seguimiento y Verificación de dichos acuerdos.

### *Nunca más un México sin nosotros*

Varias organizaciones cercanas al FNIP convocaron entonces una reunión urgente en la ciudad de México. Se discutió mucho la necesidad de dejar de lado las discrepancias. La propia Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA), que habiendo participado en el FNIP reivindicaba tener un camino aparte, asistió a esta reunión y apoyó con fuerza sus resoluciones. El objetivo era cumplir con uno de los acuerdos tomados en enero en San Cristóbal: preparar para octubre un gran encuentro de todas las organizaciones indígenas del país. Había que crear las condiciones para que todos los pueblos indios de México se sintieran convocados. Había que impulsar que los Acuerdos de San Andrés se convirtieran en una propuesta de reformas constitucionales en materia de derechos indígenas. Y un último punto: romper el cerco impuesto en Chiapas al EZLN. Había que invitarlo entonces a la ciudad de México a la celebración del Congreso Nacional Indígena. La ola estallaba en la playa de una nueva plataforma política para los pueblos indios.

De inmediato se inició una primera temporada de debates en los que se consideraron tres aspectos igualmente controvertidos: el primero era la legalidad o no de que una delegación zapatista viajara por el país, saliendo de su cárcel chiapaneca.

El segundo era la necesidad de instaurar un espacio de diálogo nacional por la paz que garantizara los mínimos para restablecer la posibilidad de una negociación con los zapatistas, quienes habían suspendido —no roto— el diálogo desde finales de agosto.

El tercero era una consideración sombría: cómo garantizar un camino de diálogo sin el cumplimiento de acuerdos. Si los resultados de la primera mesa del Diálogo de San Andrés seguían sin traducirse a reformas constitucionales. Cómo desarticular los impulsos guerrilleros del gobierno. Cómo mostrarle al EPR —respetuosamente— que su estrategia de guerra revolucionaria no resolvía las demandas que asomaban tras el clima de represión que sufrían. Cómo demostrarle a esta coalición guerrillera que la sociedad civil, rural y urbana no quería la guerra. ¿Se demostrará algún día que el camino de la paz (con justicia y dignidad) puede ser más radical que las armas? El doctor Pablo González Casanova lo puso de esta manera:

Reconocer a la *dialéctica con diálogo* como la forma que hoy presenta el movimiento histórico mundial, supone proponerse algunas experiencias de transformación de la realidad que construyan o aumenten los espacios de lucha política y deestructuren o disminuyan los de la lucha violenta, militar o paramilitar, represiva y defensiva. Para alcanzar *acuerdos de transformación de la realidad* con una cierta seguridad entre las partes contendientes, se requiere dar los primeros pasos...Construir utopías es más realista que creer en ellas; o que no creer.<sup>8</sup>

Para decirlo con la voz de un grupo de músicos mexicanos, Banda Elástica, tener fe no es creer, es crear.

Hacia finales de septiembre, la Comisión de apoyo al Congreso Nacional Indígena había concretado varias reuniones preparatorias y el debate en torno a la salida de los zapatistas creció y creció en los medios escritos, radiales y televisivos. En este agitado contexto, hubo juristas que alertaban que la salida zapatista pondría fin al Estado mexicano. Marco Bernal advirtió: “Ellos saben que la ley no lo permite, reiteradamente se los hemos manifestado y no existe ninguna posibilidad”. Otras fuentes gubernamentales decididamente declaraban que se aplicaría la ley si los zapatistas intentaban salir, y que esta ley implicaba apresarlos si incurrían en lo que calificaban de provocación. La Cocopa era más cautelosa, pero los voceros en turno no dejaron de señalar que “no tenían conocimiento de una solicitud de esta naturaleza”, según declaró Luis H. Álvarez, del Partido Acción Nacional, el 25 de septiembre a todos los medios nacionales.

Lo cierto es que los zapatistas guardaron silencio hasta el último minuto. Es inquietante constatar que sin moverse, se creó un revuelo en torno a su salida de la selva. Por desgracia este revuelo compitió mucho en los medios con la preparación del Congreso Nacional Indígena que se habría de celebrar del 8 al 12 de octubre en sesiones multitudinarias donde la sociedad civil se volcó como no lo hacía desde el terremoto de 1985. El racismo encubierto de los medios de comunicación mexicanos privilegió el intríngulis de una posible salida del subcomandante Marcos sobre la gestación de un movimiento tan amplio y propositivo como el CNI. Paradójicamente, este revuelo le dio al CNI un espacio informativo muy visible.

### *Doce días*

Desde que se emplazó a la sociedad civil a afrontar el reto de impulsar un congreso nacional indígena, hubo en el ambiente político mexicano la sensación de que tal acontecimiento cimbraría los cercos impuestos desde el poder en muchísimos niveles. La apuesta era enorme y el programa de acción una especie de carambola de cinco bandas: invitación expresa a la comandancia zapatista para que viajara a la ciudad de México, insertar la salida y el Congreso en el contexto y la coyuntura del Diálogo Nacional por la Paz —espacio que crecía en convocatoria y diversidad—, defender los Acuerdos de San Andrés, la instalación de la Comisión de Seguimiento y Verificación y poner un alto a la militarización del país.

El primer efecto tangible fue que la preparación del Congreso recibió inmediata colaboración, apoyo, publicidad, logística, propuestas y trabajo concreto del Frente Zapatista de Liberación Nacional, agrupación civil con dinámica propia. Muy pronto la lógica del Congreso se extendía por innumerables comités, organizaciones y grupos populares. Los Comités Civiles de Diálogo, como se nombra a los grupos de trabajo y discusión del FZ, muchos de ellos de jóvenes preparatorianos y universitarios, participarían activamente en la organización del Congreso, en la logística de los actos paralelos, en la seguridad y en el cuidado de la gente en la marcha del 12 de octubre.

El segundo efecto concreto fue que grupos de personas que participaran en las mesas del Diálogo de San Andrés como asesores del EZLN colaboraron en esta estructura de apoyo de muchas maneras, desde conseguir fondos hasta organizar el registro de los participantes. Un nuevo tejido autogestivo se creó en menos de un mes para acompañar y celebrar un acontecimiento que rebasaba los récords establecidos por otros eventos semejantes y que convocaba desde los rincones a todo tipo de personas gozosas, gritonas, sonrientes. La lucha indígena cobraba aliados: revuelo general y desmadroso.

Las organizaciones convocantes y la propia comisión de apoyo se dieron cuenta muy pronto que tal revuelo era medio imparables: “ya todo mundo sabe que nos rebasó a todos —sociedad civil, zapatistas, Conai, Cocopa, gobernación, ejército y presidencia—”, era el comentario generalizado.

Entre las comisiones de asesores y la comisión de apoyo —llamados los del congreso— y los comités civiles del Frente Zapatista, más otras tantas comisiones de las organizaciones solidarias, cubrieron todas las tareas imaginables. En paralelo, más y más organizaciones se sumaban a la convocatoria, mostrando desde antes de la fecha que el Congreso iba a ser todo menos quieto. El dinero conseguido y el gran apoyo que se mostraba en varios

---

<sup>8</sup> “La posibilidad de la paz”, *La Jornada*, 25 de agosto de 1996.

espacios distendió el camino para que zapatistas, Cocopa y Conai pudieran siquiera dialogar el asunto de la salida en medio de un ambiente demasiado adverso en los círculos gubernamentales. Por diferentes canales se recibían mensajes de que el gobierno no toleraría una salida zapatista ni al Distrito Federal ni a lado alguno fuera de la Selva o Los Altos toda vez que ni siquiera funcionaba el Diálogo de San Andrés en condiciones “normales”. ¿Los zapatistas?: callados. En realidad, como lo demostraran los integrantes de la Asociación Nacional de Abogados Democráticos (ANAD) no había impedimento legal alguno para que los zapatistas transitaran por todo el país si así les placía.

Otras organizaciones sociales también consolidaban apoyos: El Barzón, Convergencia, UPREZ, Asamblea de Barrios Patria Nueva y otras tantas organizaciones y partidos políticos también impulsaban la salida de los zapatistas. El texto siguiente —de la Comisión de apoyo del CNI— ilustra el tamaño de la apuesta:

Uno de los objetivos primordiales del Congreso Nacional Indígena que se celebrará en la ciudad de México entre el 8 y el 12 de octubre del presente año es hacer valer los Acuerdos firmados en febrero de 1996 entre el Gobierno Federal y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el marco de la Mesa Uno: Derechos y Cultura Indígena, perteneciente a los Diálogos de San Andrés Sacamch'en, Chiapas. Lo firmado, que abrió en su momento la posibilidad de una paz digna y justa, no tiene no sólo peso y repercusiones locales sino nacionales. Son acuerdos cuyo corazón es la relación entre todos los mexicanos, que muestran la necesidad de considerar a todos los que somos, sin exclusiones. Por eso nuestra razón dice: **nunca más un México sin nosotros**. Sólo así, en el respeto a la diversidad, con decisiones compartidas a todos los niveles, podremos declarar que hay democracia auténtica y no sólo pilas de estadísticas, o demagogia.

Hoy, a casi ocho meses de firmados, los resolutivos de San Andrés, inicio de un largo camino, se han convertido en la piedra de toque del futuro del país. Sin la instrumentación efectiva y respetuosa de lo firmado perdería toda credibilidad el diálogo nacional verdadero que todos los mexicanos y mexicanas estamos esperando (espacio nacional que comenzó con la propuesta zapatista de dialogar con la sociedad civil, de escuchar su palabra y respetarla obedeciendo su mandato.

Por desgracia, para que estos acuerdos sean efectivos, sigue haciendo falta que se instale de hecho la Comisión de Seguimiento y Verificación. Instancia que incluye a la comandancia zapatista y al gobierno, pero también a miembros de la sociedad civil. Esta Comisión es la única que podría, pluralmente, avalar la certeza de que los acuerdos firmados son puestos en práctica de la manera consensada y no un señuelo para burlar de nuevo las aspiraciones ciudadanas que se expresaron en este primer y vital espacio de diálogo nacional.

Es inadmisibles aceptar el borrador de iniciativa de ley que ha comenzado a circular como proyecto ya que, precisamente, no se toman en cuenta los documentos firmados en febrero en San Andrés.

Desde aquí queremos alertar a la opinión pública en torno a cualquier iniciativa de ley, venga de donde venga, sea del Ejecutivo, de algún partido u organización social, que pretenda pasar por encima, minimizar o no tomar en cuenta el espíritu fiel de los acuerdos. Para que se cumpla verdaderamente con el espíritu de los Diálogos de Paz de San Andrés, expresado en la Ley de Concordia y Pacificación que lo rige, dichos acuerdos y su puesta en práctica únicamente pueden ser sancionados por la Comisión de Seguimiento y Verificación que no se ha instalado. Sin esta sanción, ninguna iniciativa de ley tendrá validez ni legitimidad y será únicamente un acto unilateral, cuando lo que centralmente se demandó en San Andrés es abandonar las prácticas mediatizadoras, a escondidas y a contrapelo de la sociedad en general. La demanda central de dichos acuerdos es una relación transparente y horizontal (que se expresa en el ejercicio de la autonomía y la libre determinación, es decir, no ser juzgados con los criterios de nuestros opresores. Sin esta premisa fundamental, ningún diálogo será posible y los fantasmas de la guerra (que muchos grupos invocan/ no tendrán freno.

Por eso desde muchos sectores se ha valorado como urgente que la comandancia zapatista viaje a la ciudad de México, asista a las sesiones del Congreso Nacional Indígena, pueda evaluar, junto con la Comisión de Seguimiento y Verificación de la que son parte, cualquier iniciativa de ley que se discuta en el Congreso de la Unión. Por eso es vital iniciar un diálogo nacional, como lo ha planteado un grupo muy numeroso de organizaciones de la sociedad civil entre ellos la Conai. Por eso es urgente que las señales de paz y diálogo se multipliquen. Por eso es urgente que ninguna fuerza, partido o instancia federal pretenda olvidar o pasar por alto unos acuerdos que son de todos los mexicanos y mexicanas que nos pronunciamos y consensamos una idea: **nunca más un México sin nosotros.**<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> *La paz es el espíritu de los acuerdos*. Comisión de apoyo al Congreso Nacional Indígena, boletín de prensa a los medios, septiembre de 1996.

Los programas de radio en los que se invitaba a los del Frente Zapatista o a comisiones de asesores, a representantes de las organizaciones solidarias y a miembros del Congreso Nacional Indígena (antes FNIP) a hablar, a discutir, a precisar, se diversificaban. Algunos comentaristas de la radio descubrían a sus indios. ¿Es así el lanzamiento de una estrella? Todos parecían querer mucho a los indios desde siempre. Luego llegaba la pregunta obligada: ¿Deveras creen que podrán salir los zapatistas? ¿Vendrá el subcomandante? ¿Vendrán Tacho o David con él? La Conai, la Cocopa y los dirigentes de los partidos políticos no sabían ni qué cara ponerle a quienes les hablaban de la posibilidad de la salida y menos cómo reaccionar cuando se percataban que la propuesta iba en serio. El Congreso Nacional Indígena puso sus cartas sobre la mesa: apostarle a lo más irrealizable, a lo más irracional: celebrar la paz que podría venir, la paz que podría ser digna y no que no moleste la violencia o que no salpique la sangre. El argumento principal de este terrorismo pacifista —pues parece que es hoy la paz lo que aterroriza al poder— fue: “Éste es el primer paso para un verdadero diálogo nacional; el Congreso Nacional Indígena es un primer paso en ese diálogo, el diálogo es cada vez más urgente porque los intentos guerreristas se imponen día a día en los espacios de poder y en las propias comunidades aisladas, cercadas por los militares que dejan una sola salida: la violencia. Desfonden nomás la posibilidad de un diálogo, quítenle peso a los acuerdos de San Andrés y digan entonces quién le va a creer al camino o caminos pacíficos. Las propias comunidades que ahora suscriben la convocatoria a un congreso indígena por la paz se encontrarán solas, arrinconadas y sin argumentos contra los grupos violentos, sin elementos para oponer ni defenderse de la lógica de la militarización excepto la que el Estado parece propiciar: sumarse a la guerrilla”.

Ya para entonces fluían dos canales en paralelo: las organizaciones convocantes seguían tejiendo regionalmente y se habían celebrado por lo menos tres foros: uno en centro pacífico (Michoacán, Guerrero, Jalisco, Nayarit, Querétaro), otro muy bueno en Oaxaca, donde se consensaron muchas de las propuestas que luego se habrían de volcar en el Congreso. Por otra parte, el secretario de Gobernación y el representante gubernamental en las mesas de negociación —Emilio Chauyffet y Marco Antonio Bernal— parecían pertenecer a la comisión de propaganda del Congreso, pues a cada declaración crecía la expectativa. Notas, encabezados, ensayos y reportajes anticipaban las minucias del viaje o no viaje de la comandancia. “No los van a dejar salir ni de la Selva” —decían unos. “Habrá cinturones de paz por todo el trayecto entre Las Margaritas y la ciudad de México. Se espera un gran cordón en Juchitán donde ya las organizaciones están listas”. Se especulaba quiénes integrarían la comisión que los acompañaría, qué equipo especializado cuidaría a la comandancia, qué tipo de vehículos utilizarían. Algunos vaticinaban un atentado, un comando del EPR que los estaría esperando entre la multitud (pese a que el EPR siempre ha declarado respetar al EZLN). “Sería más bien un comando de élite de seguridad nacional”, decían otros.

Sí, del Congreso se hablaba mucho, pero casi nunca en términos de su importancia o su despliegue; las explicaciones de asesores y dirigentes indígenas aburrían un tanto a los reporteros. Era el sustrato de la “venida” de los zapatistas a la capital lo que los cautivaba, lo que les hacía darse de codazos por la respuesta. Por supuesto eso levantó la avidez de algunos que decidieron ayudar para que Marcos estuviera en México —para de ahí encabezar un movimiento nacional ¿caudillista? La lógica, el subtexto no explicitado pero sí evidente, era: los zapatistas están buenos como símbolos y aquí vendemos estampitas, que es buen negocio.

Al momento del viaje de la delegación de la sociedad civil, el Frente y los asesores que habrían de invitar formalmente a la comandancia en La Realidad, todo parecía indicar que el Congreso marchaba y que las organizaciones convocantes y las innumerables comisiones se jugaban todo por la concreción del Congreso. La expectativa no podía ser mayor. Y los zapatistas ni siquiera se habían pronunciado con un no o un sí.

En la espera de la fecha de inicio del Congreso, la sociedad civil junto con la Conai se pronunciaron en torno a un diálogo nacional por la paz enfatizando desde entonces que el no cumplimiento de los acuerdos firmados en febrero de 1996 sería un golpe mortal al proceso de diálogo y de paz y que la credibilidad del gobierno quedaría en entredicho. En la reunión en el CUC (Centro Universitario Cultural) donde se leyó el comunicado de quinientas y tantos ONGs y 8 mil y tantas personas se aprobó por unanimidad un pronunciamiento por un diálogo con las distintas corrientes de pensamiento y quehacer social y por supuesto, por que se respetara el libre tránsito a la delegación del EZLN que viajaría a la ciudad de México. Varios desplegados de la sociedad civil internacional completaron el círculo.

### *Ramona*

La delegación que habría de invitar a la comandancia zapatista se presentó en La Realidad escasos días antes del 8 de octubre. La Conai, la Cocopa y el EZLN dialogaron durante días en pláticas difíciles. La Cocopa salía y entraba, viajaba hasta Guadalupe Tepeyac o parte de ella se trasladaba en helicóptero a la ciudad de México. Se cuenta que el mismo presidente sobrevoló La Realidad uno de esos días. Los rumores aumentaban la tensión del momento porque las declaraciones gubernamentales parecían contener el no rotundo que surge del pavor, un pavor a la desventaja

evidente de lo que se movía en la ciudad, en los foros regionales y en las salidas nada convencionales de la comandancia. Una noche antes de la respuesta gubernamental los soldados del ejército mexicano tomaron posiciones de combate y se desplegaron por el monte desde sus posiciones en Guadalupe Tepeyac. El ambiente no pudo ser más tenso.

Por fin se anunció que se daría una respuesta gubernamental y que el EZLN expresaría su decisión de ir o no ir.

Hay que enfatizar que en este episodio —uno de los más extraños en la historia del país— al final de la negociación y después del amagamiento gubernamental y las continuas amenazas, nadie pudo invocar argumento legal alguno para impedir la salida de una delegación del EZLN: tales argumentos no tenían sustento. Un no basado en consideraciones políticas habría creado tumultos de serias repercusiones a mediano plazo. El gobierno tuvo que dejarlos salir. Así ocurrió. La respuesta final del gobierno fue: que salga una delegación de diez. A nadie se le vetó la salida.

Al momento de anunciar su decisión, como quizá todo mundo ya lo sabe, el EZLN escogió para representarlos en el Congreso Nacional Indígena a la comandante Ramona, una mujer que había ganado la admiración popular desde los diálogos de la Catedral en San Cristóbal y de la que se había rumorado que estaba enferma, incluso muerta, pues nadie la había vuelto a ver y ningún comandante la mencionaba en sus intervenciones.

El golpe al gobierno fue muy claro: nadie nunca antes de ese momento habría podido moralmente negarle la salida a la comandante Ramona. Su salida no hacía necesaria ninguna movilización social pues el gobierno sabía que su salud estaba quebrantada. Entonces, el mensaje del EZLN parecía ser: negociamos con el gobierno pero no para obtener nada para nosotros. Pudimos obtener el pase automático a la vida política y capitalizar el momento de protagonismo, pero no se trata de eso. La negociación por las demandas va en serio y no se admiten canjes. El EZLN le demostraba al gobierno, con un gesto sutilísimo, que lo que importa son las formas, y para obtener los resultados los compromisos adquiridos. No la ganancia o el fin personal. Aquello de no buscar el poder iba en serio.

El mensaje no era sólo para el gobierno. El gesto dejó muy claro que nadie está autorizado para lucrar con la imagen de los zapatistas porque su vida es su vida y de nadie más, como debe de ser.

A quien vio en la salida una provocación lo dejaron absolutamente sin armas ni argumentos. ¿O quién puede objetar que salga alguien como la comandante Ramona? ¿Es ella sola la que va a destruir el Estado mexicano? Pero la fragilidad puede ser fuerza y la salida de Ramona es una de las provocaciones más inquietantes de la historia del país. Como bien dice Paulina Fernández, la salida de Ramona fue una victoria enorme porque se rompieron muchos cercos: uno geográfico porque rebasó los límites territoriales impuestos al EZLN; otro jurídico porque todos los argumentos legales en contra del libre tránsito de la delegación zapatista demostraron ser insostenibles; otro político porque el gobierno fue incapaz de remontar el apoyo popular nacional e internacional y claramente la correlación de fuerzas se inclinó hacia el EZLN y el Congreso Nacional Indígena, el Frente Zapatista y la sociedad civil que con sus organizaciones apoyó tamaña desmesura. Fue una victoria militar, porque el ejército tuvo que ceder paso a uno de los perseguidos del 9 de febrero de 1995. Por supuesto, se sentaba un precedente, incluso legal, para futuras salidas. Por encima de todo, Ramona fue directamente a recibir la atención médica que en un país verdaderamente democrático habría recibido muy cerca de su casa, de buen modo y gratis.

### *Rumbo DF*

El viaje de la comandante Ramona al DF fue accidentado. Durante todo el trayecto intentaron colarse al convoy encabezado por la Cocopa —la Cruz Roja no cubrió el traslado— automóviles sospechosos. Algunos periodistas, quizá sin entender la gravedad de la comandante Ramona, querían tomar la foto cuando su estado de salud la obligaba a descender de su automóvil para recomponerse un poco. En el aeropuerto de Tuxtla, el tumulto fue excesivo y los camarógrafos empujaban al círculo de acompañantes. El avión, fletado por la Comisión de Concordia y Pacificación, fue rodeado literalmente por las personas que intentaban cruzar los cordones de seguridad. Dos médicos, muy de manual, con bata, pantalón y zapatos blancos, estetoscopio al cuello, intentaron subir al avión. “Venimos de parte del gobierno del estado, vamos a atender a la comandante”, dijeron. Nadie los dejó subir y después de alegatos con la prensa, los médicos y la seguridad del aeropuerto, el avión despegó. Incluso algunos miembros de la Cocopa aplaudieron. Se había roto el último cerco.

Pese a descender en una pista alejada, el gentío ya gritaba desde afuera de las bardas y mostraba las mantas de bienvenida. Cientos de personas a pie, en motocicleta, autos y camionetas se arremolinaban en torno a los camiones que habrían de transportar a la comandante al Centro Médico Nacional, sitio donde sesionaba el Congreso Nacional Indígena, que para el día de su clausura ya había estallado todo su alboroto y su presencia. El contingente llegaría a la última sesión, poco antes de terminar el evento, y al paso de los autobuses la gente gritaba desde las banquetas, mostraba sus banderines, levantaba las manos, lloraba de gusto. Un verdadero cuerpo de seguridad espontánea se creó entre la gente para impedir que la policía y los integrantes de Seguridad Nacional se aproximaran al

contingente. Varios intentos de sus carros y sus motocicletas no lograron romper el cerco de los carros de quienes sintieron como personal la seguridad de Ramona.

Ya cerca del Centro Médico el tumulto era demasiado. Toda la cuadra que ocupa el Centro Médico sobre Avenida Cuauhtémoc estaba abarrotada de personas. Literalmente miles esperaban el descenso de la comandante. La situación fue en extremo peligrosa. Al hacer un hueco para que el autobús donde viajaba la comandante entrara a las instalaciones, la valla de simpatizantes se vio empujada desde todas direcciones por provocadores que golpeaban, empujaban y tiraban a quienes hacían valla. Se formó un remolino de pies, brazos y gritos. Las piernas se trezaban apalancándose unos, resistiendo, mientras otros empujaban en todas direcciones. Una muchacha resultó con una costilla rota y alguno de los acompañantes de Ramona terminó en el suelo entre la multitud. Los cinturones lograron restablecer un cierto orden sin haber caído en la provocación de un pleito generalizado que habría sido muy perjudicial para todo el encuentro. Por fortuna la comandante había pasado y ya la recibían las porras y los gritos de una multitud muy ordenada que había tomado en serio su compromiso de cuidar el buen fin del Congreso.

### *Una bandera pasa de manos*

Adentro de la sala de congresos el público rebasaba por completo la capacidad de las instalaciones. Más de mil delegados nacionales de unos treinta pueblos indígenas, organismos no gubernamentales afines, militantes de organizaciones y partidos nacionales, y unos cuatrocientos periodistas de todo el mundo, ovacionaron a la comandante.

Abelardo Torres, representante de la Nación Purépecha, tomaría la palabra para leer la declaración final antes de ceder la palabra a Ramona para que cerrara el acto. Esta declaración se repetiría al día siguiente en labios de la representante nahua de Jalisco, María de Jesús Patricio. Fue una declaración sencilla pero inobjetable<sup>10</sup>:

[...] Que estamos levantados. Andamos en pie de lucha. Venimos decididos a todo, hasta la muerte. Pero traemos tambores de guerra sino banderas de paz. Queremos hermanarnos con todos los hombres y mujeres que al reconocernos, reconocen su propia raíz.

Que no cederemos nuestra autonomía. Al defenderla defenderemos la de todos los barrios, todos los pueblos, todos los grupos y comunidades quequieran también, como nosotros, la libertad de decidir su propio destino, y con ello haremos el país que no ha podido alcanzar su grandeza. El país que un pequeño grupo voraz sigue hundiendo en la ignominia, la miseria y la violencia. [...]

Sus exigencias y propuestas sólo reiteraron, contundentes y firmes, lo que desde el Foro Nacional Indígena de San Cristóbal se había planteado, lo que los Acuerdos de San Andrés recogían, el horizonte más amplio que se trazaran durante nueve meses: reconocimiento a su existencia como pueblos; libre determinación expresada como autonomía dentro del marco del Estado mexicano; reconocimiento constitucional de sus tierras y territorios como hábitat donde se reproduce su existencia material y espiritual como pueblos; reconocimiento de sus sistemas normativos y la construcción de un régimen jurídico pluralista que armonice las diversas concepciones y prácticas de regulación del orden social; reconocimiento de sus diferencias y su capacidad de gobernarse con visión propia; reconocimiento de todos sus derechos sociales, políticos económicos y culturales; el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés, los acuerdos del Congreso Nacional Indígena y la inmediata instalación de la Comisión de Seguimiento y Verificación; la desmilitarización de las zonas indígenas, el cese al hostigamiento a organizaciones indígenas y sociales y a sus dirigentes, la liberación de los presos políticos, de los indígenas injustamente detenidos y de los presuntos zapatistas; la construcción de un nuevo pacto social basado en la pluralidad y la riqueza de las diferencias; avanzar hacia una nueva Constitución en un proyecto de país incluyente y plural, reformar la Constitución, las leyes y las instituciones; la creación de espacios políticos, transitar a la democracia y construir un diálogo nacional. Por último una demanda que sigue pesando sobre las comunidades indígenas del país: reconstruir el artículo 27 para que garantice el respeto a la tierra y territorio de los pueblos indígenas y el reconocimiento del nivel regional de la autonomía. Terminaron insistiendo en la unidad del movimiento indígena nacional, en la necesidad de resistir al tiempo de reconstruir y transformar la sociedad. “Hacemos un llamado fraternal a un Gran Diálogo con la Sociedad Civil para buscar juntos la transformación de México hacia una sociedad más justa, humana y democrática.”

Para rematar el acto la comandante Ramona —desde la profundidad de los pueblos mayas de Chiapas que le dieron el mandato de viajar a la ciudad de México— entregó a don Félix Serdán, viejo jaramillista de Morelos, la

---

<sup>10</sup> Declaración final del Congreso Nacional Indígena, *Nunca más un México sin nosotros*, México Distrito Federal, 11 y 12 de octubre de 1996.



misma bandera que el EZLN mostrara durante los Diálogos de la Catedral de San Cristóbal. Era un acto simbólico con el que la comandancia zapatista pasaba la estafeta de su lucha al conjunto de los pueblos indígenas del país. Era una prueba más de su voluntad de escuchar y obedecer el mandato de la sociedad civil, en este caso indígena, en sus demandas y aspiraciones. Con ese acto, el EZLN se sumaba al Congreso Nacional Indígena y no al revés. Finalmente, después de hablar en tzotzil ante una multitud de cámaras y flashes y un retumbo de aplausos y vivas —en pleno centro médico que se caía de gente, delegados y agentes encubiertos pero evidentes, todos gritando e-z-l-n hasta el cansancio— dijo: “No están solos”. Se invertían los términos. La frase, repetida durante durante dos años diez meses a los zapatistas, era ahora el abrazo que mandaban desde la selva a lo que ocurría en el lugar exacto del ombligo de la luna, Tenochtitlan-México. Al día siguiente, al final de una marcha gozosa y divertida, el tzotzil se escuchaba por primera vez en la plaza constitucional, en voz de una mujer encapuchada y ataviada con su traje tradicional: los zapatistas pisaban en el corazón de la capital, tocaban con una voz de mujer a las puertas de la muerte.

### *El CNI*

El Congreso Nacional Indígena arroja muchas enseñanzas. Clímax de un proceso tejido desde las regiones, con paciencia y honestidad, es un hito en la historia de los encuentros indígenas porque rebasa con mucho cualquier otro encuentro nacional en el que hayan participado. Fue un momento de reafirmación —espectacular— de los consensos logrados en San Andrés y de la pertinencia y necesidad de tejer puentes con la sociedad civil urbana, con sus organizaciones e intelectuales. Fue esta alianza la que permitió que el Congreso convocara tantas personas y una mostrara una presencia que derribó muchísimas tapias. Esencialmente emplazó al poder y lo encaró como nunca antes movimiento indígena nacional alguno a reformar la Constitución y a reconocerlos como pueblos con todos sus derechos. Esto no es poca cosa en un sistema neoliberal como el que vive el país. Se demostró con amplitud que los zapatistas son una expresión de algo que se mueve desde los rincones de México y que no parará, aunque se desmantele con represión o guerra sucia todo lo logrado.

Asistimos a la reconstrucción de un sujeto social que insistirá en demandas demasiado básicas sin las cuales la democracia en México es sólo una frase insulsa. El Congreso puso en el ojo de la opinión pública una traza incuestionable: son hoy el único sujeto colectivo que no sólo demanda y propone aspectos puntuales, sino toda una nueva relación social que demuestran en su práctica. Su actitud cuestiona al poder porque los pueblos indios reivindican la tradición para vivir con modernidad y postulan la diversidad que es lo opuesto a la acumulación de poder.

Con el Congreso Nacional Indígena algo tocó fondo en el espíritu del pueblo mexicano. Algo atávico se movió entre la gente de la ciudad: los indios eran suyos, habrían de serlo para que nadie dañara a tantos invitados, para que todos tuvieran qué comer y dónde quedarse. El Congreso Nacional Indígena fue un acto colectivo de cariño y reconocimiento. Esta sociedad mexicana no sólo recuperó su componente indígena, también comenzó a reconocerlo y a revivir el sentido de largo plazo que dichas demandas conllevan. La principal es que si la gente importa, las personas pueden reivindicarse como tales, comienzan a existir y crean espacios reales para decir y hacer lo que haya que.

### *Una compuerta de muchas aguas*

Entre octubre de 1996 y enero de 1997 se completó un ciclo en la maduración de una experiencia que inició públicamente el primero de enero de 1994. El Congreso Nacional Indígena y el EZLN coincidieron y se reforzaron mutuamente en la exigencia de elevar a rango constitucional los derechos indígenas que recogieran los Acuerdos de San Andrés. Trabajaron entonces una propuesta que fue ampliamente consensada en una reunión del CNI celebrada en Milpa Alta, Distrito Federal.

Con el diálogo suspendido, la Cocopa tuvo la sensibilidad de impulsar una vía rápida para destrabar el camino hacia la paz y se iniciaron las negociaciones para elevar a rango constitucional los elementos centrales de los Acuerdos de San Andrés.

Se presentó entonces a la Cocopa un proyecto de reformas constitucionales y el gobierno presentó la suya. En el curso de las negociaciones se pudo constatar que el gobierno pretendía —y aún pretende— desestimar la firma de

los Acuerdos que daban sustento a estas reformas pese a los discursos del presidente Zedillo en favor de la paz y el respeto de la negociación.

La Cocopa intervino como tercera vía y se avocó a redactar una propuesta que resumiera las posiciones centrales de los Acuerdos de San Andrés para evitar que la confrontación de las partes empantanara el proceso recién abierto. Ambas partes aceptaron este procedimiento. Una vez presentada la propuesta de la Cocopa, ambas partes aceptaron el documento, incluso es de suponer que todos los partidos lo revisaron y aprobaron, dado que la Cocopa no tiene representaciones como personas sino en términos partidarios —es una comisión plural de las cámaras legislativas.

Pese a todo, el gobierno se desdijo y pidió tiempo para reconsiderar, después hizo una propuesta que el EZLN rechazó por completo, sobre todo porque el documento gubernamental pretendía reabrir una negociación cerrada — porque incumplía la palabra empeñada—, y emplazó a la Cocopa a defender su propuesta original (hoy conocida también como la propuesta del 29 de noviembre). El proceso sufrió un descalabro. En realidad el proceso no está empantanado pese a toda la fuerza empeñada por Arturo Warman, Luis Téllez y los negociadores Bernal y Del Valle.

### *El tiempo no termina*

Si miramos con atención, la propuesta de ley que hoy se debate en México como ninguna ley se había ventilado no es un fin en sí mismo; es una herramienta de discusión, es un instrumento para seguir creando los espacios que son la demanda central de este nuevo movimiento social. Por supuesto se asume centralmente la necesidad imperiosa de reformar la Constitución para que reconozca los derechos fundamentales de los pueblos indios e inaugure una nueva relación entre éstos y el Estado mexicano. En principio la búsqueda de formulaciones legales fue para los miembros del Congreso Nacional Indígena un ejercicio que les permitió comparar las prácticas de justicia locales con las del país; iniciar la búsqueda de un esquema jurídico que propiciara modalidades regionales y locales; hacer precisiones en torno a la democracia electoral o directa; emprender el laborioso ejercicio de redactar leyes. A las sociedades indias, digamos a núcleos de la sociedad india, les dio pie a pensar el país. Fue un proceso que hizo que las comunidades indias asumieran más centralmente su idea de México. Su racionalidad no termina ahí.

A partir del espacio de encuentro abierto por el EZLN, el movimiento nacional indígena, los zapatistas y diversos sectores de la sociedad civil “(ese segmento de la sociedad que está organizada, mantiene una actitud crítica y es independiente de las posiciones de los partidos políticos, el mercado y el gobierno)”<sup>11</sup>. impulsan una profunda reforma del Estado.

Las reformas constitucionales que se exigen son un cuestionamiento frontal al incumplimiento del gobierno. Ese cuestionamiento es un triunfo de un gran número de mexicanos que parecían no existir para el poder y una enseñanza para otros sectores sociales que buscan democracia, justicia y dignidad. Es también una lección para los profesionales de la política, que literalmente no saben qué hacer. En años recientes, las modificaciones constitucionales se han realizado en contra de los intereses de la sociedad. Las reformas a los artículos tercero, 27 y a otros artículos se hicieron para limitar o eliminar derechos sociales ya conquistados. En cambio, la propuesta de reformas constitucionales sobre derechos indígenas que redactó la Cocopa, muestra un camino distinto, democrático, para legislar. En una carta dirigida a la Comisión de Concordia y Pacificación, quienes fungieran como asesores e invitados en los diálogos de San Andrés por parte del EZLN valoraron el 12 de febrero pasado —a un año de firmados los Acuerdos— que

Hoy, después de dos meses de debate público, el documento del 29 de noviembre ya no es sólo la iniciativa de una comisión del legislativo, sino la propuesta de un amplio sector de la sociedad civil rural y urbana que reconoce la pertinencia de las reformas contenidas en el texto de la Cocopa, que se torna entonces sumamente importante. Un hito en la historia del país: por vez primera se escucha a amplios sectores de la sociedad. Por primera vez un proyecto de ley, de tal importancia, se construye desde múltiples rincones. Por primera vez se consensan en múltiples espacios de expresión y participación independiente. Por primera vez el legislativo redacta una propuesta de ley como expresión de esas aspiraciones ciudadanas. Por primera vez existe un respaldo social, amplio, al cuerpo legislativo en su trabajo de elaborar leyes.

Además, esto formaba parte de un proyecto de más largo aliento. Buscaba destrabar la suspensión del Diálogo y crear una vía rápida para la firma de la paz. Basta recordar el optimismo de las declaraciones públicas de los integrantes de la Comisión en diciembre del año pasado, para ver qué tan cerca se encontraban las Partes de dar

---

<sup>11</sup> Carta de los asesores e invitados por el EZLN a la Mesa Uno: Derechos y Cultura Indígena del Diálogo de San Andrés, a la Comisión de Concordia y Pacificación, México DF, 12 de febrero de 1997.

un paso sustantivo en la resolución del conflicto. El veto presidencial a la reforma indígena descarriló la firma de la paz en el corto plazo y la posibilidad de reanudar el Diálogo. Rompió el activo principal de toda negociación: la confianza. Lo que hoy está en crisis no es sólo el futuro de las reformas constitucionales sino todo el proceso de Diálogo, y la credibilidad en la palabra empeñada por el gobierno federal.<sup>12</sup>

En un país entrampado en las condiciones que todos sufrimos, con un gobierno débil, contradictorio y dividido que parece al borde del colapso final todos los días, este reiterado incumplimiento puede resultar fatal al gobierno. Dice la carta de los que fueron asesores e invitados del EZLN a la Cocopa:

A lo largo de tres años de conflicto, el EZLN ha cumplido cada una de las palabras empeñadas. Se comprometió a escuchar y respetar la palabra de la sociedad y abrió múltiples espacios de participación. El diálogo de San Andrés es uno de ellos. Trabajó junto con diversas personas de la sociedad civil y una comisión del Congreso Nacional Indígena lineamientos para una propuesta de reformas constitucionales, ampliamente consensados. Si aceptó el documento de Reformas Constitucionales elaborado por Cocopa, pese a no ser la reforma ideal, fue por su voluntad de diálogo y negociación y sólo lo aceptó después de consensar la decisión con los representantes del CNI, y de constatar que recogía los aspectos fundamentales de los Acuerdos de San Andrés.

El gobierno del presidente Zedillo, por el contrario, nos ha dado muestras del incumplimiento de sus ofrecimientos en temas como el de la reforma electoral en la que ignoró lo pactado por los partidos políticos y la secretaría de Gobernación. Lo mismo ocurre con los Acuerdos de San Andrés, que a un año de firmados, no se han cumplido. Ahora contraviene lo pactado con la Cocopa, al proponer no observaciones a su propuesta de reformas, sino un documento nuevo que queda muy por debajo de los términos y previsiones firmados el 16 de febrero de 1996.

En este contexto, no nos parece intransigencia del EZLN reafirmar la vigencia del documento elaborado por Cocopa (fechado el 29 de noviembre de 1996) y negarse a la intención de negociar, de nuevo, lo ya firmado. Consideramos que de ceder a esta intención, cualquier garantía que el gobierno ofrezca queda en entredicho. Qué garantías existen de que mañana se invoquen otras observaciones que no se habían tomado en cuenta, de que en las leyes secundarias no se coloquen todos los candados posibles para escamotear lo ya pactado, de que de buenas a primeras se rompa con los términos de la Ley de Concordia y Pacificación y se reactiven las órdenes de aprehensión contra la dirigencia zapatista, de que no corra peligro su vida cuando se reinserten de manera abierta en la actividad política.<sup>13</sup>

Por desgracia para el gobierno, la fuerza real del proceso que encarnan los pueblos indios del país y otras fuerzas democráticas que los acompañan no yace en la ley, aunque exijan un cumplimiento cabal de ésta y de los compromisos contraídos. Es la cohesión madurada en los últimos años, el gran tejido invisible que se sigue gestando en las regiones entre organizaciones, organismos no gubernamentales, investigadores y observadores lo que ya no es posible frenar. Necesita cauces y todos los cauces reales que se abran aligerarán la presión que vive el país. La gran cerrazón gubernamental es no percatarse de que la única posibilidad de paz y prosperidad sostenidas, en cualquier rincón del mundo y no sólo en México, es la apertura de canales democráticos, representativos y directos. Por eso la gran demanda fueron reformas que no coercionaran ni oprimieran sino que garantizaran espacios de decisión, espacios de representación, espacios de inclusión en la vida pública del país.

Esto conlleva también una revisión de los mecanismos de intermediación y representación existentes, el Congreso primero que nada, pero también los espacios cupulares de intermediación usuales. Quizá en otros momentos la negociación con el Estado habría pasado por los canales establecidos de gestión, intermediación y representación. Pero el propio Congreso está siendo cuestionado por los pueblos indios y por una herramienta tan aparentemente inofensiva como los Acuerdos de San Andrés que el gobierno firmó, aunque ahora le pese. Nunca antes había sido tan evidente la falta de independencia real del legislativo, con sus honrosas excepciones.

### *La guerra y la paz*

Dice un proverbio sufí que nunca hay que encender un fuego que no tengamos la seguridad de poder apagar. ¿Cuánto tiempo se puede jugar con fuego?. Los pueblos indios han abonado con una pesada cuota de sangre sus

---

<sup>12</sup> *Ibidem.*

<sup>13</sup> *Ibidem.*

reivindicaciones. Si las reformas constitucionales no se concretan se reforzará la impunidad imperante en muchas regiones. Los caciques y sus pistoleros se sentirán en libertad para volcar más violencia sobre las comunidades. Las organizaciones indígenas que han transitado por la vía pacífica verán cerrados los caminos legales por los que siguen luchando. La presencia militar en las regiones indígenas, soltar los fantasmas del rumor, la intimidación y el conflicto de baja intensidad, no podrán solucionar los problemas originados por la negativa gubernamental a transitar a la democracia y al cambio de su política económica.

Y mientras, el poder se enfrasca en luchas intestinas, se rodea de adivinos, siniestros entierros, generales narcotraficantes, procuradores de justicia declarados enemigos públicos, y propicia estafas bancarias para esquilmarle fondos de retiro a los trabajadores, apoyos a comercializadores extranjeros en detrimento de los campesinos mexicanos, calificaciones públicas a los secretarios de Estado, derramas millonarias a la clase política, prebendas especiales a las plantaciones forestales y cancela los apoyos al campesinado porque estorban. abrá que recordarles que hay quienes confiando en el rumbo de las estrellas, en el vuelo de un cuervo o en los signos vitales de la milpa y el bosque, platican y tejen. Sueñan y tejen.